

II

Algo curioso ocurre cuando te encuentras abstraído por la perplejidad que sume tu mente en un profundo letargo catártico, y es que no te das cuenta del tiempo que transcurre e incluso puedes llegar a perder la noción del lugar en el que te encuentras. Era inevitable, pues mis pensamientos se encontraban obstruidos por el recuerdo de aquel cazador asesinado frente a mis ojos, un recuerdo prematuro el cual resultó imposible que no lo conectara con aquel pedazo de muslo que yacía impoluto entre mis manos como mi supuesta ración personal. No hacía más que dejar mis ojos clavados en aquel trozo de carne asada mientras en mi mente resonaban sus palabras, sus suplicas y sus gritos culminados no solo en aquella pieza, sino en la totalidad de su fisonomía fragmentada en incontables raciones para llenar los estómagos de todos los allí presentes.

Aunque un solo cuerpo no resultaba suficiente como para abarcar el hambre de toda la comunidad.

Empezaron por colgar cinco cuerpos de cabeza, atados de los tobillos sobre unos soportes de ramas firmes y gruesas y colocadas de un extremo al otro de un corredor, y luego realizaron a cada uno tres tajos limpios, dos en las muñecas y el último en la yugular, permitiendo de esta forma que la sangre fuera recolectada por un gran escudo guerrero a modo de recipiente. Una vez que dicha tarea cumplió su propósito, descolgaron los cadáveres para que los cocineros de la manada realizaran su labor, el cual consistía en decapitar, cercenar cada miembro y reducirlo en trozos, rebanar músculos, carnes flácidas y bolsas de grasa y, por último, despanzurrarles y despojarles de todo órgano interno; incluso de las cabezas decapitadas se extrajo labios, párpados, narices, lenguas, ojos y pellejo, despojando los cráneos de todo lo que se pudiera considerar apto como para engrosar el contenido de un estofado. Una vez finalizado el trabajo del carnicero, todas las piezas y órganos se transportaron al fuego atendido por una decena de pequeñas fogatas, en las cuales se colocaron por encima un escudo a modo de sartén o cazuela con sangre a hervir colmado de especias, mientras que los costillares abiertos cual corderos fueron empalados y colocados frente a la gran hoguera principal, en la cual todos nos reunimos para resguardo del frío nocturno.

Fui incapaz de atinar reacción alguna ante aquel detallado proceso mientras el parloteo general, las risas y gestos de cordialidad a mi alrededor se camuflaban entre aquellas imágenes mientras cenaban de tan succulento y celebrado banquete antropófago.

—Tienes que comer, sólo así te recuperarás. Piensa que es carne de cerdo; te gusta el cerdo, ¿verdad? —Juan hacía largas pausas entre sus preguntas, aguardando una respuesta que tardaba en llegar en forma de asentimiento o negación con la cabeza, mientras que otras veces esta ni siquiera se molestaba en aparecer—. Créeme que sé por lo que estás pasando. Tu mente trata de

asimilarlo todo, pero nunca te has dado con un todo tan complejo, tan... joder, créeme que te comprendo chaval. La única manera de superar todo esto es dejando ir tu pasado y aceptar el lugar en el que te encuentras. —Pese a su jerga oriunda de campo, destilaba un conocimiento fuertemente labrado en lo que respecta al uso de la palabra.

—¿En dónde estamos? —pregunté con la voz apagada y procurando no aumentar la intensidad más de la cuenta, para evitar de esta manera el dolor de mi conducto respiratorio.

—En una catacumba subterránea, a veinte o treinta metros de profundidad.

—Ya veo... —Inevitablemente caí preso de un repentino y portentoso ataque de tos, cuya intensidad y estridencia provocaron que escupiera sangre en forma copiosa. Un despellejado se aproximó hasta mi presencia, casco en mano, pero Juan le indicó que él mismo se haría cargo de mí.

—Toma, bebe un poco. Te resultará asqueroso, pero no lo escupas —dijo mientras me rodeaba los hombros con un brazo, y con la otra mano se encargó de colocarme el borde del casco guerrero en mi boca. Tragué a duras penas de su contenido hasta que debí apartarlo de un empujón; la doliente tos había desaparecido, pero unas poderosas arcadas dieron a lugar.

—¿Qué me has dado? —pregunté entre repulsivos jadeos.

—Sangre fresca de guerrero, mezclado con algunas raíces. Te hará sentir mejor.

—Con un poco de agua me bastaba... —Aquella respuesta provocó una condescendiente risa en mi anfitrión.

—Lo siento tanto chavalote, pero se nos ha acabado, es que no esperábamos la llegada de tantos de los nuestros. Descuida, a la mañana iremos a recolectar de las heladas. De todas maneras, un poco de hierro en tu organismo no te hará daño.

Aquellas palabras me dieron mucho en que pensar, sobre todo por lo complejos que me resultaron los engranajes que componían aquel mundo el cual no consideraba más que una fantasía oscura salida de mi mente. Parecía que cada persona a mi alrededor, cada palabra y pronunciación fluida e inentendible, carcajada, gesticulación, movimiento y absolutamente todo lo que me rodeaba no resultaran más que una infinidad de eslabones que desbordaban de minuciosa perfección; en otras palabras, representaban una complejidad mental tan sólida y rebuscada que traspasaba a pasos agigantados a mi capacidad creativa.

—Are you going to eat that? (¿Vas a comer eso?) —Me preguntó un sujeto con una gran sonrisa bobalicona, cuyo despellejo le abarcaba el brazo derecho en su totalidad.

—Give him some time. (Dale algo de tiempo) —Le respondió Juan en mi lugar.

—I do not see him very hungry. (No le veo con mucha hambre)

—Have you been hungry on your first night here? You have meat to spare, so don't bother him. (¿Acaso tú has tenido hambre en tu primera noche aquí?)

Tienes carne de sobra, así que no lo molestes)

—¿Qué me dijo? —pregunté con la voz queda, con el desgano suficiente como para ni siquiera brindar de recelo al timbre de mi voz.

—Notó tu inapetencia, como todo el mundo —respondió mi intérprete al hacer mención de la atención furtiva que todos me otorgaban, con miradas que regresaban a sus pláticas u ocupaciones personales en el momento que notaba

sus ojos clavados en mí, mientras que aquellos que no fueron lo suficientemente rápidos como para no quedar entrelazados con los míos no hicieron más que sonreír o asentir con cierta rigidez.

—Pueden quedárselo, no lo quiero. —Hice ademán de extenderlo a quien pudiera llegar a interesarle, pero Juan se apresuró en sujetarme la mano para que no lo hiciera.

—Tienes que alimentarte.

—No puedes obligarme.

—¿Sabes qué? Tienes razón. Tú no eres mi responsabilidad. No eres más que un crío. ¿Cuántos años tienes? ¿Veinte? —No supe que responder en ese momento, producto de mi temporal amnesia—. Los mocosos como tú se aferran a la impetuosidad de su juventud para llevarse al mundo por delante, al fin y al cabo tienen todo un camino inhóspito para recapacitar sobre los errores cometidos y valerse de ello, pero aquí es muy distinto. Aquí la palabra *costumbre* es tan sólo un decir, ya que nadie logra acostumbrarse sin importar cuantos años pasen; ninguno se acostumbra al dolor, al cansancio ni mucho menos al desgano de continuar respirando esta mierda de realidad, ¿y por qué lo hacemos? Pues simplemente digamos que la segunda muerte hace que la primera no parezca tan mala, y que todo esto que escarmentamos a diario sea un juego de niños en comparación.

Y así fue como Juan Díaz de Garayo, con una elocuencia tan inesperada como encandiladora, se explayó a groso modo sobre el mundo que me rodeaba.

Empezó explicándome acerca de los cazadores, los guerreros divinos de Hëndrill Diorithys Reignarus, diosa-reina de este averno. Aquellos depredadores mortales viven y mueren dándonos caza día y noche, pues la palabra *muerte* representa para ellos lo que para nosotros expresa en vida la palabra *peso, dólar, euro, yen, etc.* Con cierta cantidad de muertes acumuladas pueden adquirir todos los servicios y entretenimientos que les plazca: alimento, alcohol, alojamiento, sexo, armamento y todo lo que pueda conseguirse en el mercado pensado únicamente para su existencia. Incluso se les ha prometido el canje de un único deseo si llegan a acumular la cantidad de muertes necesaria tal como una estadía permanente en los bastos jardines del palacio de los dioses, cuyos rumores revelan que se tratan de infinitos campos paradisíacos en los cuales un cazador retirado puede descansar, beber, fornicar y deleitarse hasta el hartazgo con los placeres a los cuales sólo las divinidades pueden acceder; y entre todas las opciones absurdas y banales que restan tales como adquirir extremidades aladas, armamento de fuego con munición infinita y demás, se encuentra también la posibilidad, o más bien el mito, de obtener la oportunidad de empezar una nueva vida en el reino de los vivos.

Esto es tan sólo la parte colorida y floreada de la moneda, más queda por descubrir la oscuridad de su contracara.

Todo cazador activo está, por decreto divino, obligado a aniquilar al menos a un condenado antes de transcurridos los tres días de la última sangre derramada por sus propias manos; caso contrario, no sólo se le degrada para siempre de las filas cazadoras al rebanarle la mejilla portadora de su rango, sino que además se le otorga cierto margen de ventaja antes de darle caza como si de un condenado más se tratara.

—Algunos les llamamos *ex-cazadores*, otros simplemente se refieren a ellos como *degradados*, da igual el término. Al principio el grupo se mostró reacio a brindarles asilo, y en ese entonces no nos valíamos de sus existencias más que para llenar nuestros estómagos; pero con el paso del tiempo nos fuimos ablandando, los grupos condenados comenzamos a expandir el número de nuestros integrantes de tal forma que una sola catacumba no fue suficiente para albergarnos a todos, así que comenzamos aceptando a pocos miembros carentes de la mejilla izquierda cuando uno o dos no representaban más peligro que una manada entera de los nuestros. —Según sus palabras, el aporte que brindaron los degradados fue significativa, pues no sólo les hicieron conocedores de toda esta información que me había relatado, sino que además compartieron sus experiencias en el combate con armas y la supervivencia; gracias a ellos, la calidad de vida de las comunidades condenadas se había elevado considerablemente, permitiendo que pudieran hacer frente no sólo a las adversidades de la nefasta madre natura, sino también a las amenazas acarreadas por nuestros enemigos, sin mencionar el hecho de que poseen el don de comprender todos los idiomas, una herramienta bastante útil para la subsistencia de las distintas etnias.

Pero allí no hubo guerrero alguno que portara su rango arrebatado en presencia mía. Los pocos que habían recibido la misericordia de aquella manada perecieron hace varios años por infortunio del destino.

—¿Sabes lo que nos aguarda luego de la segunda muerte? —Sabía que no conocería la respuesta, tan sólo buscaba despertar algo en mí—. El sufrimiento eterno. —Sus palabras sonaron tan secas que sentí más frío escapar de su boca que del ambiente que me rodeaba—. Imagina una muerte específica a punta de espada, una decapitación, un desmembramiento en vida, incluso la primera muerte que te trajo a este reino, lo que fuere, e imagínalo repitiéndose infinitamente. —Mis ojos se abrieron a más no poder—. Así es, una, y otra, y otra vez. Mueres y revives, tan sólo para volver a escarmentar la misma muerte. Tan sólo imagínalo, morir una y otra vez por toda la eternidad. Es por eso que los degradados buscan desesperadamente asilo en nuestras líneas de la misma forma que los cazadores ansían nuestras cabezas, y es por eso que nosotros convivimos y hacemos todo lo que esté a nuestro alcance para no caer en esa mierda.

—¿Y qué les hace creer que eso existe? —pregunté con cierta pesadez en mi voz, como quien busca por todos los medios no caer en una creencia que le privaría del sueño por las noches.

—Ha habido pocos casos de guerreros caídos en esa desgracia a los cuales se les ha dado una segunda oportunidad.

—¿Pero qué pruebas hay de ello? ¿Simplemente se ha esparcido la voz sin ningún tipo de evidencia? —Ya comenzaba a detonarse mi desesperación, y Juan sonrió por lo bajo ante el pequeño triunfo de su propio mérito.

—¿Es tan difícil de creer como todo lo que te rodea? Chaval, simplemente creemos en esta revelación, tanto nosotros como nuestros propios enemigos. Si te pones a pensar, es motivo suficiente como para darle una justificación a su oficio.

—Si pero, o sea, es como decir...

—¿...Que tú eres el guerrero designado por la estrella descendente? — reveló Juan con una sonrisa triunfadora, creyendo ingenuamente que me había robado las palabras de la boca.

—¿Una estrella que cayó del cielo anunció mi llegada? — No pude evitar soltar una leve risotada ante semejante ocurrencia.

—Ninguna noticia que recibimos del exterior resulta ser prometedora, ya que todas siempre apuntan a un destino fatídico e inevitable; hasta que caíste tú, momento oportuno en que aquel cazador nos reveló la existencia de dicho guerrero, y que coincidencia que ambos hayan caído de la mano.

—¡Es una estupidez! ¿Yo un guerrero?

—Supongamos que no eres tú y que lo es otro condenado, fuera de esta isla u otra. Puede ser simplemente una coincidencia, pero si en verdad fueron sólo ustedes quienes escaparon de la costa completamente asediada de guerreros es hazaña suficiente para creerlo, y más aún al haber sido el responsable de salvarles el pellejo a esos tres que arribaron contigo.

—Te repito que es una estupidez, si apenas conozco el significado y la forma de una espada gracias a las películas. No hay forma de creer eso.

—No sé a qué a te refieres con *películas*, pero muchacho, recuerda que no recuerdas nada. —Juan sonrió ante su elocuencia—. ¿Qué sabes si has tomado clases intensivas de esgrima?

—No me lo creo, no tiene sentido. Nada de esto tiene sentido. —A punto estuve de bañar con lágrimas aquel pedazo de muslo ajeno, el cual yacía ahora frío y endurecido entre mis dedos.

—Joder, como odio el sentimentalismo. En fin, si yo estuviera en tu lugar también pensaría lo mismo, pero quiero creer que tu llegada aquí tiene un significado, busco creerlo y soy consciente de ello. No puedo asegurarte lo que pasará por la mente del resto, pero sí que más de uno piensa igual que yo. Es que es justamente eso lo que nos ha hecho falta todo este tiempo, esperanza, y tendrías que ser muy hijo de puta como para arrebatárnosla.

—Es que ni siquiera debería estar aquí, no sé por qué estoy tardando tanto en despertar. —Dejé caer aquella porción entre mis piernas, tan sólo para aferrarme el rostro con ambas manos y refregármelo con impaciencia.

—¿Crees que todo esto es una pesadilla? Pues buena suerte tío, que de ser así yo llevo tratando de despertar por más de un siglo.

—No debería estar aquí... —repetía constantemente, y las lágrimas hicieron finalmente su entrada.

—¡Ni se te ocurra derramar una gota enfrente de ellos! —dijo susurrante, tomándome nuevamente de los hombros y depositando su presencia muy cerca de la mía.

—No me jodas.

—¿Acaso te crees mejor que nosotros? Pues te equivocas. Anda, sécate los ojos y permíteme demostrártelo. ¿Ves al de allá? —Me dijo señalando con la mirada a un condenado de despellejo en la pierna izquierda, rostro enjuto, ojos pequeños, boca prominente y profunda calvicie con extrañas raíces oscuras que se esparcían en la totalidad de su dermis, producto de una extraña enfermedad degenerativa juzgada a primera vista—. Su nombre es Robert Garrow, ¿sabes cómo se ganó su boleto a este agujero? Violando y asesinando infantes. ¿Y el sujeto que está a la

par? —preguntó ahora señalando al hombre que le acompañaba y cuyo despellejo abarcaba del hombro izquierdo al lateral derecho del torso, mirada severa acompañada de una sonrisa de dientes picados y extensa frente—. Él se ganó su estadía secuestrando, violando, torturando y asesinando a sus víctimas un tanto más crecidas, su nombre es Dean Corll.

De esta manera, Juan me dio a conocer gran parte de aquellos depravados homicidas, entre los que se encontraban Ted Bundy, Jeffrey Dahmer, Joseph Vacher, Andrei Chikatilo, Joachim Kroll, Bruno Lüdke y al resto de aquella comunidad condenada compuesta de cuarenta y tres miembros, a los cuales sólo se limitaba a indicar su nombre y el motivo de su condena para no alargarlo demasiado; y dichos crímenes catalogaba a la gran mayoría como asesinos a sangre fría, violadores, pedófilos empedernidos y caníbales necrófilos, quienes continuaban con aquel banquete como si se tratara de otra cena común y corriente.

Al conocerles más de cerca, sentí cómo sus palabras de repente comenzaron a martillar mis sienes, cómo sus risas desbordaron mis nervios y cómo aquel irritante ruido de sus mandíbulas desmembrando, masticando y triturando carne humana resultara de repente el combustible de mi perplejidad en desborde. Sentí de repente que todo temblaba a mí alrededor, como un terremoto el cual pareció no importarle a nadie, o tal vez fuera mi cuerpo en proceso de convulsión.

—Yo también he asesinado mujeres y críos, hasta me he violado sus cadáveres, ¿y crees que me arrepiento? Todo lo contrario. De vez en cuando el recuerdo logra arrancarme alguna que otra sonrisa y me provoca una erección, así que no te creas mejor que nosotros, pues por algo estas aquí compartiendo nuestra comida y nuestro refugio.

Era demasiado lo que debía asimilar, una sobrecarga mental de atrocidades reflejadas en carne y hueso, víctimas en proceso de injerta y victimarios valiéndose de esta, todos ellos con un oscuro pasado y, a simple vista, lidiando con ello como si dichas *ocupaciones* les hubiera otorgado sentido a sus existencias. Era tanta aquella barbaridad que esta pudo conmigo, a tal punto que debí incorporarme dificultosamente y marcharme a duras penas de allí.

Aquello había llamado la atención de todos, sólo por el hecho de haber dejado que mi ración cayera al contacto con el polvoriento suelo.

—He has wanted to go to the bathroom. (Le ha entrado ganas de ir al baño)

—dijo Juan a la concurrencia.

—But is on the other side (Pero se encuentra del otro lado) —respondió un condenado de la muchedumbre.

—He has not given me time to tell him (No me ha dado tiempo de decirle) —

dijo sin más, dirigiéndose a mi presencia antes de que tuviera que dar otra excusa a mi repentino acto de rebeldía.

Por mi parte, esforcé cada molécula de mi ser en dirigirme hasta el tramo más alejado del corredor, el cual giraba su sentido a la derecha y me perdía de la atención de la congregación, provocando que el dolor en todo mi cuerpo me atormentara sobremanera y todo leve atisbo de reposo fuera quebrantado y tirado al olvido.

—Esta escena no te está dejando bien parado. —Me dijo mi anfitrión una vez a la par, contemplando de reojo por encima de su hombro.

—Déjame en paz...

—Esto no es una pesadilla, todo esto es real, y cuanto más rápido te adaptes a la idea, mejor será para ti y para todos.

—Basta. —El tono de mi voz comenzó a adquirir cierta intensidad, buscando a toda costa callar sus fallidos intentos por apaciguar mi descontrol emocional.

—Deja de engañarte a ti mismo, ni siquiera recuerdas quien eres, pero tu presencia aquí tiene un significado importante aunque no quieras verlo.

—¡¡¡Basta!!! —grité con un desborde tal que mi delirio se transportó a través de cada partícula de aquella conformidad cavernaria, y el silencio absoluto reinó luego de su extinción, no habiendo en consecuencia jolgorio ni palabra alguna que fuera escupida por parte de la manada y que llegara a nuestros oídos—. ¡Yo no soy un asesino! ¡No soy un violador! ¡No soy un pedófilo ni nada que me compare a todos ustedes! ¡Yo no pertenezco aquí...! ¡Todos ustedes me dan asco!

¡¡¡Asco!!! ¡Merecen esto y más! Pero no yo... no... —El peso de todo lo que aconteció y no dejaba de acontecer cayó sobre mis hombros con tal ímpetu que no pude evitar caer de rodillas, acompañado de un profundo quiebre que colmó mi rostro en desbordantes lágrimas y Juan, pese a mis palabras, pareció compadecerse de mí.

—Díselo a ellos si tanto añoras tu segunda muerte —objetó señalando a sus espaldas—. Díselos si en verdad quieres descender al sufrimiento eterno, ya no haré más para intentar impedirlo. —Se agachó ante mi presencia y colocó su palma en mi hombro derecho, tan sólo un pétalo de hoja tratando de apaciguar un terremoto de carne adolorida y torrentes de agua salada—. En este infierno no nos queda más remedio que sobrevivir hasta de nosotros mismos, y la mejor forma es haciéndonos creer que formamos parte de la comunidad y que aportamos nuestro grano de arena a la única causa que nos une, pero para eso debes hacer a un lado todo prejuicio, pues te recuerdo que por algo estamos varados en el mismo pozo. Así que tienes dos alternativas: continúa con este numerito y hazles saber lo débil y patético que eres, demuéstrales que eres un blanco fácil del cual valerse; o haz el intento de seguir adelante, adáptate a todo lo que aborrezcas y hazles creer que hasta lo disfrutas. Lo siento tío, pero es la única manera. —Y sin más que decir, Juan Díaz de Garayo se incorporó, no sin antes darme otra sutil palmada en el hombro, y regresó al abrigo del banquete.

Cada vez que intentaba dirigir mi ración de carne a la boca, mi mano se detenía justo antes de llegar a mis labios.

—He will not give it even a single bite. I bet my ration on that. (No le dará ni un simple bocado. Apuesto mi ración a eso).

Intuí que todos aquellos idiomas se encontraban haciendo mención de mí, detonando mofa e incomprensión en sus inentendibles palabras a juzgar por sus tonos y expresiones, pero nada me importó en ese momento más que tratar de resolver mi propio conflicto existencial resumido en una simple y, al mismo tiempo, compleja pregunta: ¿Realmente me encontraba atrapado en una pesadilla?

Mi mente se encontraba obnubilada respecto a mis recuerdos, no podía acordarme siquiera como me llamaba, y aquel cascarón vacío se colmaba hasta el desborde con los conocimientos adquiridos en aquel nefasto escenario. Resultó inevitable que mi temor adquiriera dimensiones descomunales, permitiendo que la creencia de una fantasía salida de mi subconsciente fuera perdiendo la batalla ante la única pregunta capaz de arrebatármelo todo: *¿Qué hice para merecer esto?* Y dicha pregunta sólo pude combatirla con una sola palabra en constante repetición: *Despierta.*

Cada vez que aquella pregunta adquiría mayor influencia sobre mi accionar mental, aumentaba de forma inconsciente la intensidad con la cual repetía la única palabra capaz de hacerle frente, aun cuando esta comenzó a perder su significado. Tal fue mi desbordante necesidad por reforzar la única creencia que mantenía estables los cimientos de mi cordura, que mi boca no pudo evitar darle voz a mi lucha.

—Despierta, despierta, despierta... —En ese instante sentí cómo todo a mí alrededor se desvanecía en prolongados y borrosos parpadeos, y dicha incompreensión me acompañó al suelo como un árbol recién talado; de ese instante tan sólo recuerdo imágenes fugaces y censuradas en constante movimiento, hasta que lo incomprensible se amoldó a las figuras de todas aquellas personas que se encontraban a mi alrededor, haciendo gestos ridículos y obscenos mientras gesticulaban, con caricaturesca burla y lascivia, el mismo mensaje que se encontraban transmitiendo mis labios con sus características y burdas pronunciaciones. Sus voces se entrelazaron estrepitosamente con la mía, otorgándome la certeza de que no tenía escapatoria a un destino cuya balanza se inclinaba hacía el lado de la insania; aunque, en los pequeños lapsos de todo fugaz parpadeo, otra realidad se encontraba resurgiendo en secreto de sus propias cenizas.

Empezó como un susurro lejano y vagamente perceptible, el cual comenzó a fulminar a cada fragmento de aquella detestable realidad hasta cobrar vida propia, reflejando una vida pasada y capaz de hacer salir al sol por la noche.

—*Despierta amor...*

Era una voz dulce y somnolienta, la voz de un ángel que me llamaba y se entreoía por entre el bullicio de aquellos demonios despellejados.

—*Adair, dale, despierta* — repitió aquella voz, una y otra vez, hasta que sólo resonó su eco en la bastedad de mi entorno.

—*Dale mi amor, levántate que se hace tarde.* —*La voz de Helena se encontraba desganada, presa de una pereza alimentada por las escasas horas de descanso—. Eso te pasa por ponerte juguetón a las tres de la mañana* —dijo ahora con cierto resentimiento, al no haber logrado que su marido despegara siquiera el rostro de su almohada.

—*No digas eso...* —dijo Adair con el timbre esclavizado por las cadenas del letargo, una voz apagada y amortiguada por su almohada con la cual refugiaba su rostro.

—*Sabes bien que es la verdad, si cuando te conviene eres tú quien empieza a provocar...*

—*Mi amor...*

—*Dale.* —*Helena le sujetó del antebrazo, con intención de incorporarle de la cama, pero él se revolvió de forma tan brusca e imprevista que la agarró completamente por sorpresa, y*

ella nada pudo hacer para evitar perder el equilibrio y caer con estridencia encima de él—. Dale que se nos hace tarde mi amor...

—Espera un poco —dijo con cierta calidez mientras le mantenía aprisionada entre sus brazos.

—Adaír, me voy a enojar —respondió ella con fastidio, tratando de librarse de su amarre.

—Mi amor, espera.

—Suéltame.

—Si en verdad me amas, espera un ratito. ¿Qué son dos minutos? —La tensión se podía palpar a través de aquel incómodo silencio subsiguiente—. ¿Hubieras preferido seguir durmiendo?

—Sabes perfectamente que cuando me duermo lo hago profundamente.

—No me respondiste la pregunta.

—Para serte sincera, sí. —Él fingía estar aún abatido por la pesadumbre del adormecimiento, tan sólo para no demostrar que la sinceridad de su mujer resultó como darse el dedo chico del pie contra una puerta.

—Pues yo no me arrepiento de ir todos los días con cara de ojete al trabajo.

—Es que no rindo mi amor, tengo que estar concentrada y atenta a no cometer ningún error con los balances; un mal cálculo y me dan una patada en el culo, ya me tienen de punta y me lo han hecho saber.

—Comprendo —respondió su marido mientras deshacía el abrazo que la mantenía cautiva, permitiendo que ella se incorporara y permaneciera sentada al respaldo de la cama—. Perdóname, no es mi intención hacer que te echen de tu trabajo. De ahora en adelante, voy a dedicar mi vida a la castidad.

—Cariño... —Su esposa no pudo evitar esbozar una sonrisa.

—No porque dejemos de hacer el amor te voy a dejar de amar.

—No durarías ni un día.

—Ponme a prueba si quieres. Yo con unos besos y unos abrazos, soy feliz —dijo su marido con una leve sonoridad juguetonamente sarcástica.

—Adaír...

—Con unos mimos y unos buenos masajes, también soy feliz. —La sonrisa de su esposa se expandió de lado a lado, una sonrisa que se camuflaba por entre las extensas cortinas de su lacio y oscuro cabello—. Tal vez una buena paja asistida de vez en cuando, y también soy feliz. —Aquello había desencadenado la risa de ambos, provocando que aquel espejismo de tensión se evaporara por completo.

Otra cosa a lo que debí acostumbrarme fue a recuperar pequeños fragmentos de mis recuerdos de esta forma, escenas aleatorias y desordenadas cuyas brechas espacio-temporales se entremezclaban con aquella satánica realidad. A veces contrastaban con parsimonia, perdiendo la tonalidad y su intensidad visual hasta desembocar en aquel infierno en donde se vive, se siente, se sufre y se pierde toda esperanza, mientras que otras veces cruzaban el telón como quien tropieza en su resguardo y se encuentra con el desconcierto de miles de ojos juzgándole por su insignificante acto de torpeza.

Simplemente bastó con un grito portentoso y mandatario para arrancarme de mi letargo mental con un profundo sobresalto, un grito femenino capaz de grabar en la mente del oyente la noción de su rango y su complejo de superioridad.

—Esta noche tenemos el grato honor de contar con la presencia de quince nuevos integrantes. (Alemán)

—Al tinte dictatorial, Irma Grese agregó una suerte de esfuerzo por brindarle una sensación de orgullo y empatía guerrera. Juan, por su parte, se tomó la molestia de ayudarme a incorporarme lentamente hasta mantenerme de pie con mi brazo entre sus hombros.

—Cuando ella hable, haz de cuenta que suena el himno de tu patria, y cuando dictamine una orden, piensa que es lo que una diosa nos impondría; incluso cuando despliegue su ejército aéreo de flatulencias hazle creer que huele como el perfume de un magnate, hazle sentir que estás dispuesto a enterrar tu nariz en su trasero para aspirar con ahínco de toda su artillería si hace falta, y de esta manera te aseguro amigo mío que no tendrás problemas para adaptarte.

—Y finalmente, el destino nos ha dado tregua y bendecido con veintiún cazadores muertos. (Alemán)

—La noción del significado llegaba a nuestro respectivo idioma gracias a quienes desarrollaron en vida su cultura bilingüe. Quienes comprendían el alemán traducían la frase entera en inglés, al mismo tiempo que otros se encargaron de su traducción al italiano, francés y demás, un idioma tras otro o bien entremezclados, aunque a veces costaba comprender unas palabras cuando estas eran opacadas por otras, y más aún cuando un grito de festejo errante explotaba, producto de una noticia que se había adelantado uno o dos segundos con respecto a las demás comprensiones. Por otra parte, algunas que otras lenguas no pudieron hacer más que permanecer en perpetua derrota ante la ignorancia—.

Una interesante información nos reveló aquel último cazador antes de morir, no sé si recuerdan (Alemán) —dijo con apagada serenidad, y aguardó a quienes más tardaron en recibir una fiel y comprensiva redacción mientras les contemplaba seriamente a todos y cada uno de ellos—.

La noticia acerca de un guerrero recién llegado hace tan sólo unas cuantas horas, un guerrero capaz de derrocar al reinado de este infierno; y lo más importante, ¡es de los nuestros! (Alemán)

—Aquellas palabras recibieron la ovación de tan sólo seis despellejados, y aguardó el asentimiento del resto con el brazo bien extendido y el puño cerrado, permaneciendo en esa postura por unos cuantos segundos hasta que las demás voces se transformaron en una conjunta demostración célebre—.

¿Ustedes que opinan? ¿Ese guerrero realmente se encuentra entre los recién llegados? (Alemán)

—El bullicio había tardado mucho menos en llegar a su conclusión que las comprensiones anteriores, conformada por el entusiasmo de menos del tercio de la congregación—.

¿Les he contado alguna vez sobre mi primera noche en este infierno? Cuando caí en esta mierda, me sentí invadida por esa misma fragilidad que ellos se encuentran padeciendo en este momento, pero me acostumbré rápido a darle a la muerte por el culo. (Alemán)

—Aguardó unos segundos, tan sólo para deleitarse con esa risa condescendiente de quien estuviera dispuesto a otorgársela, y no continuó hasta que se oyó a un valiente quebrantar la tensión de aquel silencio que se había demorado más de la cuenta en desaparecer—.

Así que, se encuentre o no dicho guerrero entre los arribados de la costa, de igual manera serán tratados como a cualquiera de nosotros. Al fin y al cabo, hasta de la mierda se puede extraer oro. Y si no está, no importa, no lo necesitamos. Hemos logrado permanecer con vida todo este tiempo, hemos puesto freno a todo cazador que ha intentado aniquilarnos y les hemos

demostrado lo peligrosos que podemos llegar a ser. (Alemán) —Dichas palabras inspiraron a un ferviente esbozo de orgullo general, y cada tanto se oyó una respuesta en alemán, conformado por un saludo fascista cuya intensidad y algarabía fue in crescendo—. **¡No pueden contra nosotros! ¡Y que lo sigan intentando para continuar llenando nuestros estómagos con su carne!** **(Alemán)** —Su discurso transformó por completo el ánimo general, el cual comenzó a detonar en fuertes alaridos conformados por el nombre de Irma—. **¡Han intentado cazarnos! ¡Han intentado matarnos! ¡Pero seguimos aquí! ¡Seguimos aquí! Y eso sólo quiere decir una cosa: ¡Somos más fuertes que esos hijos de una gran puta!** **(Alemán)** —Y una vez colmadas sus palabras en todos los oídos de aquella congregación, los gritos de festejo y admiración se intensificaron de tal manera que las paredes parecieron vibrar de forma llamativa. —Heil Hitler! —exclamó ella con un orgulloso grito y alzando con firmeza su brazo derecho con la palma extendida, y todos respondieron con el mismo saludo al unísono, dando lugar al solemne patriotismo del antiguo ángel negro de Auschwitz:

*SS marschier in Feindesland
Und singt ein Teufelslied
Ein Schütze steht am Wolgastrand
Und leise summt er mit
Wir pfeifen auf Unten und Oben
Und uns kann die ganze Welt
Verfluchen oder auch loben,
Grad wie es jedem gefällt.*

*Wo wir sind da geht's immer vorwärts
Und der Teufel, der lacht nur dazu
Ha, ha, ha, ha, ha, ha!
Wir kämpfen für Deutschland
Wir kämpfen für Hitler
Der Rote kommt niemehr zur Ruh'*

Todos se reunieron y cantaron cada palabra de aquel himno con exagerada devoción, incluso aquellos quienes no hicieron más que poner en marcha una mímica vocal desastrosa hicieron su parte, transformando un acto orgulloso y solemne en una clásica canturreada de borrachos con sus respectivas fonéticas y paupérrimas pronunciaciones.

*Wir kämpften schon in mancher Schlacht
In Nord, Süd, Ost und West
Und stehen nun zum Kampf bereit
Gegen die rote Pest
SS wird nicht ruh'n, wir vernichten
Bis niemand mehr stört Deutschlands Glück*

*Und wenn sich die Reihen auch lichten
Für uns gibt es nie ein Zurück.*

*Wo wir sind da geht's immer vorwärts
Und der Teufel, der lacht nur dazu
Ha, ha, ha, ha, ha, ha!
Wir kämpfen für Deutschland
Wir kämpfen für Hitler
Der Rote kommt niemals zur Ruh'*

Las venas de Irma se remarcaron en el pescuezo al punto de la desafinación, entonando tan honorable y agresiva pronunciación bajo la pasarela del máximo orgullo de su vida mientras mantenía cerrados sus ojos; imaginé trompetas y tambores resonando en su mente, las cuales realizaban su entusiasmo dibujando una sonrisa y otorgando énfasis a la gesticulación de cada palabra, y parecía tan compenetrada en su honroso memorial que la aberración a su alrededor no resultó suficiente como para arrancarla de dicho trance, aunque a mí me había descolocado soberanamente: labios masculinos compartiendo refugio dentro de otros del mismo sexo, alguna que otra mano invadida en cráteres de infección masturbando el miembro erecto de su compañero, y fauces de ambos sexos recibiendo un falo erguido, los cuales entraban y salían con vehemente desesperación de aquellos calabozos de bacterias que daban lugar a una emanación viscosa y pestilente que se adhería a la saliva, al sudor y al semen, y dichas prácticas grotescas siguieron su curso al compás de aquel himno.

El español condujo mi trastornada presencia a unos cuantos pasos de distancia, una franja del corredor central en el cual yacían más de una veintena de condenados en espera, indicándome que aguardara el momento oportuno si intenciones tenía de ser partícipe de tan espantoso ritual.

Llegado a un punto, todos dejaron de besarse, de acariciarse y de asistirse en el placer del juego previo y, acto seguido, varias mujeres se postraron en posición seductora en el centro de la congregación para luego quitarse sus vestimentas conformadas por túnicas desgarradas, pelajes de animal o simples taparrabos, dando la bienvenida a todo aquel que aceptara la invitación de sus provocadoras y lujuriosas presencias. Cada una de ellas recibió su dote de miembro masculino, los cuales entraban y salían del interior de sus bocas con un desesperado y constante ritmo; mientras tanto, sus empellejadas o encarnecidas manos encontraron trabajo en otros dos falos al ejercer la función de violenta felación al unísono y, por último, sus orificios íntimos se postraron en ofrecimiento al resto de la manada.

Los gritos y gemidos entrelazados evaporaron aún más sus respetos hacia el ritual de la jefa de la congregación, pero Irma no se inmutó en su orgulloso porte con la frente en alto, la voz a flor de piel y el saludo eterno a un líder que admiraba más que a su propia existencia; recién cuando dio por finalizada su conmemoración conformada por más de un himno, la sombra de su mirada se expandió hasta la altura de su mentón y sus pupilas latieron con furia, tan sólo una antesala a su determinación y espontaneidad los cuales condujeron sus pasos

hacia el epicentro de aquella orgía.

—¡Hazte a un lado! (Alemán) —Le dijo a la mujer que encabezaba al grupo con un tono de voz sombrío y apagado, y la muchacha la contempló con profundo temor sin saber lo que debía hacer. Uno de sus cónyuges le tomó de la muñeca derecha y la arrastró lejos de allí, permitiendo que Irma se colocara en su lugar y comenzara con el precalentamiento: Desató con suma paciencia el trapo sucio con el cual ocultaba y mantenía firmes sus flácidos, caídos y distanciados pechos, y prosiguió quitándose el taparrabo de su cintura, dejando al descubierto el misterio de su intimidad por entre una generosa maleza castaña, para luego recostarse de frente sobre el pene erguido de aquel condenado que aún yacía por debajo; otro sujeto se apresuró en dilatar con sus dedos desbordantes de saliva su orificio anal como quien marca su territorio, mientras que otros dos ocuparon el lugar entre las manos de aquella mujer mientras el festejo general de un día más de vida continuó su marcha.

—Nunca, jamás, interrumpas su himno —dijo Juan a la par mía de brazos cruzados, y arqueó una ceja cuando mis ojos antecieron a la pregunta que exigía el motivo—. Ya verás por qué.

La mandíbula de la alemana rápidamente fue obstruida por el miembro erecto del cuarto despellejado que había arribado conmigo esa misma noche, un individuo de corta cabellera rubia y frágil porte del cual sólo supe que hablaba inglés, y compartió una caricaturesca y triunfante sonrisa al creer que había logrado quitar el puesto de privilegio a más de uno. Aquella muchacha demostró un entusiasmo único en satisfacer al falo invitado entre sus dientes y lengua, casi hasta parecía que podía manipular a voluntad las gesticulaciones de aquel individuo por el accionar de aquel acto, permitiendo que este engrosara la cavidad de su garganta reiteradamente y con notable esmero; y así continuó impartiendo un hermoso recuerdo, hasta que decidió otorgarle un tinte más siniestro a aquel ritual salvaje.

En un instante que a ninguno de nosotros se nos pasó por inadvertido, los gritos de placer de aquel individuo despellejado se transformaron en vociferaciones de un dolor atroz, aquel que es capaz de dañar incluso hasta quienes perciben en forma auditiva tan doliente sinfonía. La desesperación condujo sus intenciones a quitársela de encima, pero esta permaneció con la mandíbula completamente incrustada en su miembro, dejando escapar más y más chorros de sangre por entre la comisura de sus labios mientras más y más forcejeaban; llegado a un punto, ella se deshizo de las obstrucciones de sus manos y las demás intromisiones del sexo cesaron un instante, permitiéndole en forma inconsciente la oportunidad de acomodarse y enfocarse de lleno en su objetivo; de esta forma, Irma se aferró aún más al envolverle las piernas con sus brazos y clavar sus afiladas y astilladas uñas en los glúteos desnudos de su víctima mientras su boca tironeaba con fuerza en dirección contraria, y el acto reflejo de aquel sujeto no tuvo mejor brillante idea que tirar hacía el lado restante; para cuando el uso de razón logró atinar a la lógica ya era demasiado tarde, y la sangre se esparció cual cascada en el momento en que la alemana logró finalmente desprenderlo de cuajo.

Gritos de festejo y decepción colmaron a mi alrededor mientras aquel pobre diablo corría de un lado para el otro, lanzando gritos desgarradores mientras trataba de obstruir inútilmente el desborde de su herida con ambas manos; tan

sólo bastó con una orden de aquella sádica guerrera para que todos le ignoraran, permitiendo de esta forma que se desangrara en algún rincón mientras el orgasmo colectivo seguía su curso.

—Muy bien chaval, ahora es seguro. —Un amistoso codazo a mi esternón acompañó las palabras del español, para luego encabezar a todos aquellos que habían permanecido a la espera en dirección al festejo carnal—. **Who bet for the yankee? (¿Quién apostó por el yankee?)**

Fui el único en permanecer inmóvil, y el último en atinar reacción alguna. Horror fue lo que me abrasó en vida, horror por sus existencias, sus actos y sus aspectos carcomidos por una dejadez del tiempo envuelta en sangre y putrefacción, un horror del cual no cedí en intentar escapar sin dejar de repetir aquella palabra con la cual deseaba poner fin a tanta locura.

Despierta, despierta, despierta, despierta, despierta...

Cerré mis ojos con fuerza mientras tapaba mis oídos y mi mente trató de bloquear el firme paso invasor de aquel bullicio, pero resultaba como intentar vencer al relámpago en una carrera, y las imágenes que almacenó mi memoria de aquel detestable evento reforzaron dicho malestar. Por más que lo intenté, no podía borrar de mi laguna la imagen de una muchacha, creo que Carol Wuornos era su nombre, o algo por el estilo; se trataba de una mujer de largo cabello castaño transformado en un amasijo irrecuperable y teñido de tierra, sangre, sudor y demás intervenciones indefinidas, una muchacha de rostro regordete, el júbilo anestesiado y su cuerpo desnudo y famélico bamboleándose a riendas de dos despellejados; sus gemidos ocultaban una profunda pereza por dejar escapar su angustia reflejada en lágrimas, aunque de vez en cuando se filtraba una fugaz queja que provocaba la risa de quienes le sometían.

Eran las cuatro de la mañana y la luz de luna se traslucía a través de las cortinas cuando a Adair le despertó una sensación extraña, la cual se apoderó de su cuerpo y su aletargado raciocinio, y transportó dicha sensación a su sinuoso movimiento en contacto con la figura de su esposa recostada a la par. Ella fue despertándose ante el sutil encanto de su marido, permitiendo que también avivara en ella su repentino apetito carnal.

Pero algo salió mal.

Su esposo comenzó con el tierno acto de la conexión con ella aún boca abajo, y no se detuvo siquiera ante la extrañeza de encontrar la entada escasamente lubricada, tan sólo otorgó rienda suelta a su desenfrenada lujuria con el ahínco de quien regresa del reino de la inconsciencia. Helena no compartió esbozo alguno, simplemente permaneció recostada permitiendo que este entrara y saliera con una demencia impropia mientras se limitaba a enterrar el rostro en su almohada. La aletargada consciencia de su esposo tomó aquello como una buena señal, incluso incentivó más su accionar con intención de lograr atinar en ella un jadeo, un gemido, un grito, lo que fuere, y mientras más ahogaba ella su doliente angustia sobre su almohada, más se desesperaba él por arrancarle el fruto de su masculinidad orgullosamente empleada.

Aunque no pudo evitar refunfuñar para sus adentros, pues dicho desenfreno condujo a una rápida conclusión establecida con unos movimientos tan bruscos que la profundidad de la penetración traspasó su punto límite tres, cuatro y cinco veces, logrando finalmente arrancar un doliente y agudo quejido que había logrado traspasar aquel envoltorio de plumas.

—Te amo... —Le dijo su marido al oído, tratando de recobrar el aliento y la compostura mientras extraía su miembro chorreante de esperma, y se recostó nuevamente para secar su transpiración con el aire fresco otorgado por su ventilador de techo. Ella, por su parte, no emitió respuesta alguna, incluso llamó su atención ante el hecho de no haberse inmutado de la misma posición en la cual fue sometida—. ¿Mi amor? ¿Te sentís mal? —En ese momento ella no logró contener más su llanto, y desbordó en relampagueantes convulsiones con sus hombros—. Helena... —Adaír se encontró profunda y desconcertadamente abatido, pues ese llanto sólo podía significar una cosa.

—Estoy bien... —esbozó vanamente entre lágrimas.

—Mi amor, no estás bien.

—No te preocupes...

—¿Te he hecho daño? —Aquella pregunta no tuvo anhelo de ser respondida al instante, como si no tuviera intención de interrumpir tan irrespetuosamente al silencio—. Te he lastimado...

—No fue tu culpa —respondió ella con una angustia que cada vez le permitía menos emitir palabra—. Yo también quise, pero no logré prepararme lo suficiente.

—No mi amor, soy un idiota... —dijo su marido con angustiada voz y le envolvió en un profundo y sincero abrazo—. Perdóname por favor, juro que jamás ha sido mi intención hacerte sentir de esta manera.

—¿Qué te ocurre muchacho? ¿Eres tímido? (Alemán) —preguntó ahora, sin siquiera inmutarse de su posición.

—¿Qué dices? —Adaír sumó cierta incertidumbre a su dolorida consciencia debido a sus palabras, no sólo por el extraño idioma sino también por aquella repentina e inesperada voz gruesa, grave y apagada en la cual no reconocía a su esposa.

—Descuida (Alemán) —respondió Helena dando media vuelta sobre su eje, y se acomodó bruscamente sobre la entrepierna de su marido para luego aproximar el rostro hasta sus labios, demostrando en su íntima proximidad la angustia que había dejado su rastro a través de dos senderos surcando sus mejillas, pero su nacimiento fue lo que descolocó al muchacho: sus ojos estaban abiertos a más no poder al compás de una desencajada sonrisa, otorgándole una expresión desquiciada y aterradora **—, prometo no hacerte daño. (Alemán)**

—Helena, ¿Qué demonios te ocu... —Ella tenía otras intenciones para su boca, la cual demostró con la inquietud de su lengua entrelazada a la suya.

Él estaba perplejo mientras su mujer le arrebatava el aliento, como si un ente desconocido se hubiera apoderado de ella con intención de retribuirle el daño que le había adjudicado, otorgándole una voz extraña, una expresión retorcida y un accionar completamente impropios de ella.

—Cómo me excita la carne sumisa (Alemán) —dijo Irma una vez desprendidos sus ensangrentados labios de los míos, y aquella macabra sorpresa provocó que me arrastrara de espaldas hacia la pared del corredor, con tal desespero que arranqué más de una risa a mi alrededor—. **Era una broma, prometo no hacerte daño (Alemán)** —dijo ahora arrastrándose seductoramente hasta mi presencia, y dibujó una provocadora sonrisa mientras me deshacía del taparrabo con suma paciencia.

—Come on Irma, he is not in conditions. (Vamos Irma, él no se encuentra en condiciones) —Juan trató de intervenir, pero ella no dejaba de succionar mi

marchita hombría con profundo esmero—. No te hará daño, trata de relajarte. — Me dijo el español, pero no había forma de seguir tal consejo.

El espanto se había apoderado por completo de mi motricidad, dejándome a merced de aquellas fauces pintarrajeadas de carmín que minutos atrás habían cercenado el miembro de un compañero. En mi mente ahora bullía esa escena, la cual no hacía más que repetirse mientras ella no dejaba de sorberme con admirable y descontrolada dedicación.

En menos de un día, el infierno se había encargado de conducirme hacia la cúspide del horror. Y aún quedaba un largo camino por recorrer...

—Tú no eres ese guerrero (Alemán) —proclamó la alemana al desistir de sus vanos intentos, esbozando más divertimento que desilusión a través de aquella sonrisa artificial de sangre fresca abarcando gran tramo de sus mejillas; aunque, pese a la proximidad de su acusación, sentí su voz distante, y las risas, los parloteos y absolutamente todo a mi alrededor se evaporaron lentamente en su compañía, como un eco que no hacía más que retroceder sobre sus pasos.

Una lluvia torrencial invadió aquella tarde de otoño, y Adaír no hizo más que contemplar a través de su ventana del séptimo piso la caída de sus infinitos y diminutos soldados en la calle, en los automóviles, en los árboles y en algún que otro peatón que pasó por su campo de visión, y contempló con mayor interés a aquellas personas quienes no tenían un paraguas en su poder y corrían de un lado para el otro.

—¿Quieres un té? —preguntó su esposa recostada en el sillón del living, mientras hacía zapping con el control remoto del televisor.

—No, gracias —respondió su esposo con la voz queda, desganada.

—¿Un café? —Su marido volvió a responder que no, sólo que sin la cortesía del agradecimiento, y para la siguiente pregunta él simplemente negó con la cabeza; A la cuarta, ya no emitió respuesta alguna de ninguna índole, así que Helena se reacomodó y contempló con el ceño fruncido a la ubicación de su marido, el cual no hacía más que estar allí tirado en el sillón individual y con el rostro pegado como idiota en el vidrio de la ventana—. ¿Me vas a contar de una buena vez que te ocurre? ¿O vas a seguir indiferente durante todo el día?

—Para serte franco, no sé qué es lo que me pasa... —respondió finalmente, con la voz desganada y con cierto fastidio en su tinte, como si el simple hecho de pronunciar palabra alguna le resultara de suma molestia.

Hace poco más de tres años que la pareja llevaba de casados, aunque compartían historia desde la adolescencia, y suficientes fueron las tediosas escenas que ella debió tolerar para acostumbrarse a sus repentinos y poco usuales estados de desazón anímica, un estado de tristeza, catarsis y melancolía en la cual ni él mismo sabía explicar el motivo por el cual se adentraba.

—¿Soy yo el motivo por el cual estás de esta manera? —preguntó ella luego de apagar el televisor y acercarse a su presencia, con cierta ternura irónica y susurrante mientras le envolvía con su abrazo y le contemplaba con la expresión inclinada por completo del lado izquierdo, el único ángulo en el cual lograba entrever la cabizbaja atención de su esposo, y permaneció en aquella postura hasta que él se dignó a responder con un movimiento negativo de cabeza—. ¿Has vuelto a pensar en esa estupidez de que quieres un tiempo para probar otras cosas? —Aquella pregunta había logrado que Adaír finalmente se dignara a

sostenerle la mirada, aunque fuera con cierto escepticismo, tan sólo para fruncir el ceño en señal de negación.

—No digas estupideces.

—¿Entonces? ¿Qué te ocurre mi amor?

—La realidad me pasa, eso —respondió con cierto desgano mientras se desligaba de las ataduras de su esposa, tan sólo para reacomodarse en su sillón y volver a pegar su frente en la ventana fría y empañada que daba a la calle a una caída de siete pisos de alto.

—A veces me pregunto quién de los dos sufre realmente el periodo —dijo ella con una condescendiente sonrisa, no provocando cambio alguno en el semblante apagado y el ánimo de su esposo.

—No me jodas.

—Perdón. —esbozó ella, reforzando la calidez de un segundo abrazo—. Anda, arriba ese ánimo. ¿Por qué mejor no salimos a algún lado? Estar aquí encerrados es deprimente.

¿Por qué no vamos al cine? ¿Hay algo interesante para ver? —Pero él no hizo más que emitir un perezoso bufido—. Vamos, levántate.

—Helena, déjame en paz te lo pido por favor. —Su tono comenzó a tomar cierto tinte de tensión, suficiente como para activar la alarma en su mujer.

—Cariño, yo también estoy cansada de todo esto. Cómo me encantaría que nos fuéramos de esta ciudad para siempre, pero...

—No podemos —respondió él por ella.

—Si no fuera por el hecho de tener nuestras vidas fuertemente amarradas aquí por la familia, el trabajo...

—... los gastos, las deudas —dijo Adaír con la voz marchita por una pesada y apagada angustia.

—Mi amor, mientras sigamos con la mente fija en nuestras metas, todo lo que se encuentre fuera no resulta más que una herramienta para continuar avanzando —Helena sabía que aquel estado se debía, en gran parte, a sus intentos por triunfar en cada uno de sus proyectos, pues parecía que el destino no compartía los mismos planes que su marido y el despiadado paso del tiempo no hacía más que recalcar sus fracasos acorde pasaban los años.

—Interesante, deberías escribirlo —aclaró su marido tratando de sonar gracioso pero no logrando más que un leve y fingido sobresalto, suficiente como para hacerle sentir elogiada.

—“No importa cuánto peso debemos cargar...

—... como tampoco cuantos puertas permanezcan cerradas —continuó las palabras de su esposa junto a una modesta sonrisa que comenzó a bifurcarse en su rostro, y juntos repitieron al unísono la continuación: —La meta no se irá a ninguna parte.”

—A veces me pregunto quién representa realmente el rol de artista en esta pareja —esbozó Adaír con reconocimiento—. Gracias mi amor.

—¿Por qué? Si no hago más que repetir tus propias palabras —respondió ella con humildad, y le depositó un tierno beso entre sus labios—. Hay que resistir corazón, en un futuro recordaremos nuestros esfuerzos con orgullo al ver todo lo que nos ha hecho lograr. ¿Quién sabe? Tal vez una casa grande, con dos o tres cuartos para invitados...

—Y un Lamborghini Diablo SV, amarillo y con la SV oscura en las puertas —respondió su marido, y aquella carcajada que provocó en su esposa sí que se le antojó divertida—. Ya fue, el lunes pido un aumento y el mes que viene pago la primera de las mil cuotas.

—Tonto... —dijo ella sonriente y complacida por ver que su esposo ahora se encontraba con mejor aire.

—No me importa si el sueldo llegara a alcanzarme siquiera para colocarle un motor a la bicicleta.

—O vivir a base de fideos y arroz para toda la vida.

Ambos no pudieron parar de reírse.

—¿Me amarías aunque perdiera todos los dientes, me quedara calvo y engordara cien kilos? —Le preguntó él, sin intención de que aquella pequeña alegría finalizara aún, y ella asintió con entusiasmo y una sonrisa aún más grande.

—¿Y tú me amarías si contrajera una infección en la vagina que, si te llegara a contagiar, tuvieras que amputarte con urgencia el pene?

—Trataría de encontrar alguna alternativa, como el sexo por otras vías, el intercambio de roles y...

—Cállate idiota —dijo su esposa, y ambos rieron hasta que el silencio ante la falta de palabras hizo que se vieran el uno al otro con devoción—. No importa lo que venga, sólo importa el soportar los golpes.

—No nos queda otra.

—No, pero estoy segura que tarde o temprano el destino se va a apiadar de nosotros y va a bajar sus defensas.

—Ahí es cuando le introducimos el puño bien adentro del culo.

—Ya, en serio, nunca bajes los brazos mi amor; no permitas que te dobleguen. Simplemente sé tú mismo y enfócate en lo que quieres lograr, visualízalo y ve a por ello.

—Hermosa... —Adair no podía creer la lección de apoyo moral que su mujer se encontraba impartiendo, y enterró su rostro por entre sus pechos para largar un prolongado suspiro—. Nunca me faltes.

—Nunca mi amor, nunca.

Aún me encontraba con la mirada compenetrada en la techumbre, el lugar exacto donde yacía un conjunto de estalactitas, y no te imaginas cuanto he deseado que alguna se desprendiera y cayera sobre mí.

Al menos todo yacía ahora en penumbra, alumbrado por alguna que otra antorcha en los corredores, permitiendo que reinaran los ronquidos y los somnolientos estrépitos a mí alrededor.

Fue en ese entonces que mis lágrimas pudieron finalmente desprenderse en libertad, sin el temor al prejuicio, aunque ya había hecho demasiado mérito en la primera impresión de mi persona. Por más irónico que resultara, aquella razón fue por la que mi angustia desbordó con mayor intensidad, aunque debí conformarme con mi desahogo camuflado en aquel silencio interrumpido por los inconscientes exabruptos del letargo, pues ardía en deseos de gritar al borde de unas cuerdas sangrantes y rasposas. Sentí además cómo mi cuerpo se tambaleaba ante tan colosal desborde, y cada vez que intenté serenarme resultó como echar más leños al fuego de mi desconcierto. Hervía en el fuerte anhelo de que no se tratara más que de un mal sueño, aunque una parte de mí no estaba realmente seguro si estaba dispuesto a aceptar a aquellas personas, aquellas palabras ininteligibles, aquellos gritos, risas y gemidos que aún resonaban en mi memoria como voces propias que se encontraban jugando al ping pong dentro de mi cabeza.

Tal vez la respuesta se encontraba en aquella daga que yacía en mi mano, y ahí

fue cuando mi tristeza flameó su bandera blanca ante mi perpleja atención compenetrada en aquella vía de escape.

“—Ya, en serio, nunca bajes los brazos mi amor, no permitas que te dobleguen. Simplemente sé tú mismo y enfócate en lo que quieres lograr, visualízalo y ve a por ello...”

—Veo que tú tampoco puedes dormir. (Chino) —Aquellas palabras incomprensibles me provocaron un sobresalto, producto del susto—. **Lo siento, no fue mi intención asustarte (Chino)** —dijo en susurros aquel despellejado de rasgos asiáticos, el cual había arribado conmigo esa misma noche, mientras se incorporaba de su letargo para luego aproximarse a mi compañía.

Me sorprendió que se tratara de la misma persona que horas atrás se había abalanzado sobre mí, aunque no entendía palabra de lo que me decía así que resultó banal intentar entablar una conversación; simplemente me acomodé entrecruzando mis piernas, no sin soltar mis molestias reflejadas en mis expresiones, y clavé nuevamente mi atención en el puñal.

“—Mientras sigamos con la mente fija en nuestras metas, todo lo que se encuentre fuera no resulta más que una herramienta para continuar avanzando.”

—No te he agradecido aun por haberme salvado la vida, es que... todo esto... (Chino) —Se podía percibir cierto pesar en sus palabras, pero la incomprensión no lograba más que nos contempláramos como dos idiotas aguardando algo que nunca llegaría—. **Creo que esto te pertenece (Chino)** —soltó aquel individuo sentado contra la pared, a tres pasos de distancia de mi presencia, y le contemplé embelesado en la incomprensión mientras me ofrecía aquel pedazo de muslo que había olvidado por completo—. **Debes alimentarte, te aseguro que no estás tan mal (Chino)** —susurró ahora ejerciendo la acción mímica de propinarle un buen bocado, y con la otra mano refregó su estómago como si aquello le resultara apetitoso.

De esta manera recuperé la ración que me pertenecía, tan sólo para que cerrara la boca y me dejara en paz.

“—No importa cuánto peso debamos cargar...”

Contemplé ahora mi grotesca cena, le sacudí un poco el polvo y me detuve una vez más. ¿Por qué me encontraba optando por la continuación de esta historia, cuando podía ponerle fin en ese mismo instante? ¿Por qué no cortarme el pescuezo o las muñecas para así poder despertar?

“—como tampoco cuantas puertas permanezcan cerradas...”

—Me llamo Tian (Chino) —esbozó aquel sujeto, señalándose a sí mismo mientras repetía su nombre—. **Tian Jinq.**

Por mi parte llevé la mano derecha a mi pecho y, sin deseos de que ninguno supiera aún el nombre que apenas había recordado, le contesté con una fingida sonrisa *ni puta idea.*

“—La meta no se irá a ninguna parte.”

Aferré el puñal con determinación, cerré mis ojos, esbocé un prolongado suspiro y, luego de un instante que me resultó eterno, rebané una feta de carne y me la llevé a la boca sin detenerme en saborearlo, y él inclinó su cabeza en agradecimiento al ofrecerle una porción más generosa.